

TRES PECADOS [45]

2024

Meditación – día 7

Introducción

Gran intimidad con San Ignacio tuvo el P. Jerónimo Nadal y en todo coincide con él en esta materia de la eficacia de los Ejercicios, expresando su pensamiento con las siguientes palabras, llenas de místico y fervoroso sentimiento:

«Nada me admira tanto como ver que hombres llenos de ciencia, incluso excelentes teólogos que en un principio despreciaban o impugnaban los Ejercicios a pesar de no desconocer nada de lo que en ellos se propone, me admira, digo, que después de haberlos hecho se moviesen y cambiasen hasta el punto de andar diciendo con grandes ponderaciones que sólo entonces empezaban a ser teólogos y que se espantaban de ver lo mucho que les quedaba todavía por saber, a pesar de todos sus estudios, lecturas, libros y disputas. El menor de los sentimientos internos que suele Dios comunicar en los Ejercicios, llena el alma de un gusto y consolación extraordinarios. Pero lo que más admiración me causa es que, siendo así que nuestros Ejercicios nada tienen rebuscado, nada que no esté ya en los Evangelios y en la doctrina de los Santos; siendo todo en ellos verdades comunes y patentes a cualquier teólogo y obvias a cualquier hombre de la vida espiritual, ¿de dónde les viene su eficacia en las almas para así formarlas en piedad y devoción? Pues vemos a cada paso que salen hombres de los Ejercicios tan transformados y tan fervorosos, que son la admiración de todo el mundo, hasta el punto de que no falta quien tome de ello ocasión para sus detracciones y calumnias, atribuyéndolo todo a fruto de malas artes.

Varias son las fuentes que de ese poder y eficacia de los Ejercicios podrían señalarse: p. e., la heroica concentración total del espíritu, la confianza con que se entra en ellos, la soledad, la oración continua, el método de proponerlos, la prudencia del Director, la exacta observancia, el buen orden en todo y la ayuda con que puede contarse en toda turbación. Sin embargo, todo esto es humano; yo acostumbro a predicar que se trata aquí de una gracia especial de Dios, hermanada con la gracia de nuestra vocación y de nuestro Instituto, mediante la cual nos otorga Dios benignamente el que nos impregnemos primero nosotros íntimamente del primitivo espíritu evangélico de su Hijo, para tener después virtud de imprimirlo en los demás. Esta gracia, a mi entender, es la que a las cosas de los Ejercicios y a su método comunica esa particular energía y eficacia que tan íntimamente conmueve los espíritus a la piedad y a la devoción»¹.

¹ *Epistolae P. Hironymi Nadal*, IV, págs. 667 y 668.

[45] PRIMER EJERCICIO ES MEDITACION CON LAS TRES POTENCIAS SOBRE EL 1º, 2º Y 3º PECADO; CONTIENE EN SI, DESPUES DE UNA ORACION PREPARATORIA Y DOS PREAMBULOS, TRES PUNTOS PRINCIPALES Y UN COLOQUIO.

Seguimos libremente el libro del padre Casanovas².

Adiciones

[74] 2ª adición. La 2ª: quando me despertare, no dando lugar a unos pensamientos ni a otros, advertir luego a lo que voy a contemplar en el primer ejercicio de la media noche, trayéndome en confusión de mis tantos pecados, poniendo exemplos, así como si un caballero se hallase delante de su rey y de toda su corte, avergonzado y confundido en haberle mucho ofendido, de quien primero rescibió muchos dones y muchas mercedes; asimismo, en el 2º ejercicio, haciéndome peccador grande y encadenado, es a saber, que voy atado como en cadenas a parecer delante del sumo Juez eterno, trayendo en exemplo cómo los encarcerados y encadenados ya dignos de muerte parecen delante su juez temporal. y con estos pensamientos vestirme, o con otros, según subiecta materia.

En esta meditación San Ignacio nos propone tres pecados, y su idea es que tratemos de ver qué juicio hace Dios de esos pecados, cómo los juzga, cómo los castiga, y tratar de hacer nuestro ese juicio de Dios. De lo conocido ir a lo desconocido. Lo conocido es saber que Dios es infinitamente bueno, es un Padre. Entonces, si Dios, que es tal, juzga así el pecado, y así lo castiga, entonces qué nos corresponde a nosotros.

Es muy importante en nuestra vida, llegar a tener un verdadero “sentido del pecado”. Juan Pablo II decía «Restablecer el sentido justo del pecado es la primera manera de afrontar la grave crisis espiritual que afecta al hombre de nuestro tiempo»³. Luego de citar aquello que decía Pío XII 50 años antes: «el pecado de éste siglo es la pérdida del sentido del pecado». Y cuánto más en nuestra época...

Ponerse en presencia de Dios

Oración preparatoria:

[46] Pedir gracia a Dios Nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones se ordenen puramente al servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

[47] El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí... la composición será ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcelada en este cuerpo corruptible y

² IGNACIO CASANOVAS, *Comentario y explicación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Tomo III, día cuarto, Los tres pecados, pág. 110.

³ JUAN PABLO II, *Reconciliatio et poenitentia*, 18.

todo el compósito en este valle, como desterrado entre brutos animales; digo todo el compósito de ánima y cuerpo.

Algunas citas bíblicas que pueden ayudar a entender esta composición de lugar:

«Un cuerpo corruptible agobia el alma y esta tienda de tierra abruma el espíritu lleno de preocupaciones». (Sab 9,15)

«Novillos sin cuento me rodean, me acosan los toros de Basán; me amenazan abriendo sus fauces, como león que desgarrar y ruge. Perros sin cuento me rodean, una banda de malvados me acorrala; mis manos y mis pies vacilan». (Sal 22,13-14.17)

Petición:

[48] El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo... Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo merecía ser condenado para siempre por mis tantos pecados.

Comenta San Rafael Arnaiz en una meditación sobre el pecado:

«Cuántas veces me pongo delante de Ti, ¡oh Señor! mis primeros sentimientos son de vergüenza. Señor, Tu sabes por qué. Pero después, ¡oh Dios! ¡qué bueno sois!, después de verme a mí, os veo a Vos, y entonces, al contemplar vuestra misericordia que no me rechaza, mi alma se consuela y es feliz»⁴.

CUERPO DE LA MEDITACIÓN

1) PUNTO PRIMERO: el pecado de los ángeles

[50] El primer punto será hacer la memoria sobre el primer pecado, que fué de los ángeles, y luego sobre el mismo el entendimiento discurriendo, luego la voluntad, queriendo todo esto memorar y entender por más me envergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles tantos pecados míos; y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo le he merecido por tantos. Digo traer en memoria el pecado de los ángeles, cómo siendo ellos criados en gracia, no se queriendo ayudar con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno; y así consequenter discurrir más en particular con el entendimiento, y consequenter moviendo más los afectos con la voluntad.

Primeramente recordaré el objeto de la memoria. Los Ángeles, innumerables, perfectísimos, más elevados que los hombres, fueron creados antes que ellos en el cielo, en gracia sobrenatural, y puestos en estado de prueba o de vía, como nosotros, para que con el auxilio de Dios y ayudándose de su libertad, alabasen, hiciesen reverencia y obediencia y sirviesen a su Creador y Señor. Pero muchos de ellos no quisieron; antes bien, engreídos

⁴ JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO, *Ejercicios Espirituales con el Hermano Rafael*, n. 1206.

«veniendo en superbia fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno» [50].

Este hecho es menester mirarlo despacio, y contemplarlo en todo su proceso y desenlace: Es tan grande, tan transcendental y tan semejante a nuestro caso, tiene unas consecuencias tan reales y eternas, que es imposible que el alma no se sienta como suspensa, clavada y espantada en su contemplación. No es preciso hacer aquí descripciones literarias; dejemos que el hecho se imponga por sí mismo. No vayamos de corrida, no demos prisa al espíritu con ansia de pasar adelante; dejémosle descansar tanto como quiera, hasta que quede bien impresionado de esta gran realidad. Notemos que si bien su principio es cosa pasada, en sus efectos, es plenamente actual, hasta llenar cielos y tierra con su espantosa resonancia.

Es un pecado, es decir, una transgresión de la ley dada por el Creador; **un acto brutal contra el ideal divino de santidad**; una negación del amor del Padre amorosísimo, que había formado a los ángeles a su imagen y semejanza, elevándolos a la participación de su misma naturaleza; la destrucción del fin inmediato y del fin último por el cual habían sido creados; el trastorno del orden mediato y del fin último por el cual habían sido creados; el trastorno del orden y belleza del universo; la perturbación de toda la armonía en las facultades angélicas, dejando que la soberbia ofuscara la razón y envileciera la libertad.

Consideremos **la causa**. Es la soberbia; el presumir de sí mismos; el atribuirse lo que es de Dios; el pensar que la libertad física no tiene ley moral, sino que se puede determinar por sólo su propio querer. Pasión terrible; pasión espiritual, que cuanto más elevado es el espíritu, más terriblemente se engría y se ciega; pasión que entra hasta dentro del cielo, hace prosélitos, y se encara con el mismo Dios, declarándole guerra, Reflectiré en mí mismo, mirando cuán arraigada llevo en mi alma esta soberbia.

Consideremos **el tiempo y el lugar**. Era en la alborada del universo, cuando Dios, acababa de expansionarse con el primer acto de amor, creando unos hijos amadísimos, y volcando en ellos todas las perfecciones naturales y sobrenaturales. Sucedió en el cielo, en su casa, delante de su solio de majestad, en sus mismos brazos con que amorosamente estrechaba a sus primeros hijos.

Miremos **los efectos**. San Ignacio lo declara con esta expresión terriblemente gráfica y concisa «**de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno**». ¿Qué es gracia sobrenatural? Una participación de la divinidad; vida divina; santidad, unión con Dios; eterno goce de las perfecciones divinas. ¿Qué es la malicia? Ser despojado de todo don sobrenatural; eterna separación de Dios; enemistad divina; envilecimiento de las mismas perfecciones naturales; entendimiento clavado en la propia desgracia; voluntad obstinada en el mal; vivir sólo del odio contra Dios, contra todo lo bueno y contra sí mismo. ¿Qué es el cielo? El palacio de Dios; la herencia de sus hijos; la patria de la eterna bienaventuranza. ¿Qué es el infierno? La eterna separación y maldición de Dios; la cárcel de los enemigos de Dios; la patria de todos los tormentos y de la desventura eterna. Finalmente, hay que considerar que este castigo fué como un relámpago, instantáneo, sin lugar a penitencia y perdón, para siempre.

En tercer lugar **aplicaré la voluntad**. San Ignacio dice que he de querer «**todo esto memorar y entender por más me envergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles tantos pecados míos; y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo le he merecido por tantos**». Vergüenza y confusión de condenado, no a muerte temporal, sino a muerte eterna. Todo lo que acabo de contemplar de los ángeles es mío. Yo soy aquel espíritu hijo de Dios creado en gracia, destinado al cielo, que he hollado el amor divino; que me he rebelado contra la ley divina; que he echado por los suelos mi felicidad eterna; que del cielo me he lanzado al infierno.. Yo sé de mí cosas y crímenes más viles que el de los ángeles. Mis pecados no son solamente uno, como el de los ángeles; sino muchos, quizá incontables. Pues si cada pecado es substancialmente el mismo y merece lo mismo, ¿qué es mi alma después de tantos pecados, y qué es lo que merezco?

He de dejar caer sobre mí un peso de responsabilidad eterna, un mundo de vergüenza, un infierno de confusión, y quedarme de buen grado bajo este anatema bien merecido, maravillándome de que en mí no se haya ejecutado, todavía, la sentencia.

2) PUNTO SEGUNDO: El pecado de Adán y Eva

[51] El segundo: hacer otro tanto, es a saber, traer las tres potencias sobre el pecado de Adán y Eva, trayendo a la memoria, cómo por el tal pecado hicieron tanto tiempo penitencia, y cuánta corrupción vino en el género humano, andando tantas gentes para el infierno. Digo traer a la memoria el 2.º pecado de nuestros padres; cómo después que Adán fué criado en el campo demaceno y puesto en el paraíso terrenal y Eva ser criada de su costilla, siendo vedados que no comiesen del árbol de la ciencia y ellos comiendo y asimismo pecando, y después vestidos de túnicas pelíceas y lanzados del paraíso vivieron sin la justicia original, que habían perdido, toda su vida en muchos trabajos y mucha penitencia, y consequenter discurrir con el entendimiento más particularmente, usando de la voluntad como está dicho.

Primeramente recordaré el hecho. Cómo Adán fué creado y puesto en el paraíso terrenal, y Eva fué creada de su costilla. Cómo les fué prohibido el comer del árbol de la ciencia, y ellos pecando comieron de él; y después, vestidos de pieles, fueron lanzados del Paraíso, y vivieron sin la justicia original que habían perdido, con muchos trabajos y mucha penitencia durante toda su vida.

Contemplemos este hecho, más nuestro que el de los ángeles, y saboreémoslo tan íntimamente como podamos. Recordemos todas las ideas de la creación que nos quedan del Principio y Fundamento. El hombre y la mujer, creados hijos de Dios, los dos primeros en este mundo. Gracias naturales, gracias sobrenaturales, integridad de naturaleza, vida eterna. El lugar, el Paraíso, conjunto de todas las delicias; nada de dolor, ausencia de muerte. Un mandamiento divino; una tentación del demonio; la mutua seducción; la caída. Recordemos cómo se presenta el mismo Dios, cómo llama a Adán, cómo le increpa, cómo le condena y le lanza del paraíso.

Dejemos que penetren hondamente en nuestro espíritu, tanto las alegrías de la primera inocencia, de la primera felicidad, que habían de ser también nuestras, cómo las

amarguísimas tristezas de la caída, del remordimiento, del castigo, y del destierro de la patria. Cuando tengamos el alma llena de estos sentimientos, pasemos, como dice San Ignacio a discurrir más particularmente con el entendimiento.

En segundo lugar, **apliquemos el entendimiento**. Es un pecado substancialmente de la misma naturaleza que el de los ángeles. No nos detengamos en el hecho externo, que poco dice a nuestros sentidos; pasemos a convocar y ponderar qué significa alzarse contra Dios Creador, contra Dios Padre, negarle lo único que quería de todo el mundo, que es la santidad, destruir nuestro ser sobrenatural, perder la herencia de la gloria, arrojar a todo el linaje humano a la desgracia temporal y eterna.

Consideremos **la causa**. Es **la sensualidad**, este gusto sensible tan fuerte y tan tiránico, que no repara en nada para salir con la suya. Gusto material, gusto vil, gusto momentáneo, gusto ciego como de animal, que no solamente va a revolcarse él en el fango, sino que quiere arrastrar al espíritu y a todo el hombre. Es el esclavo que se alza para dominar a su señor; es una bestia, que se arroja al abismo, enfurecida contra el alma, para ahogarla. La sensualidad aparece aquí ayudada por dos enemigos más: el demonio y el amor. El demonio, que sabe que, el mejor medio de dominarnos es buscar un aliado dentro de nuestra casa, excita a este traidor instinto sensual proponiéndole deleites, al par que le dice no ser ellos peligrosos ni mortales, sino conducentes a la felicidad. El amor, esta pasión, mezcla de espíritu y de materia, y que por lo mismo lucha contra nosotros con dos armas terribles, invade todo nuestro ser. Reflexionemos que cuanto hizo caer a Adán lo llevamos hondamente dentro de nosotros.

Miremos los **efectos**. San Ignacio señala dos clases de ellos; unos personales, otros generales para el linaje humano.

Personalmente, nuestros padres perdieron todos los dones sobrenaturales. Y aunque la benignísima misericordia de Dios prometió ya entonces el Redentor, y esta fe les devolvió la gracia santificante, pero fué de manera muy diferente de la anterior. El don de integridad por el cual había perfecta concordancia entre la parte inferior y la superior y, además, les libraba de las penas y de la muerte, se perdió para siempre; entró en su alma la lucha de las pasiones, y quedaron sujetos a la corrupción, a penas de todas clases y a la muerte. Fueron expulsados del paraíso, y condenados a ganar el pan con el sudor de su rostro, y a cultivar una tierra que les daría cardos y espinas. Ellos aceptaron de buen grado esta grave penitencia.

Los efectos generales para el linaje humano los reduce San Ignacio a la corrupción que reina en el mundo y a la multitud de almas que caen en el infierno.

Realmente, al lado de estos males morales, son como nada las desgracias físicas que reinan en el mundo después del primer pecado ; pero será conveniente contemplarlas con una mirada general, llena de tristeza y de dolor: aquí ya no se trata de imaginar ni recordar, sino de ver lo que tenemos delante de los ojos, y tocar lo que está al alcance de las manos. Pero, sobre todo, ponderemos la terrible caída moral de todo el linaje humano. Gracia sobrenatural, cielo, vida virtuosa, todo queda perdido. Cada hombre en particular se lo habrá de conquistar entre mil disputas en que muchísimos perderán eternamente la

bienaventuranza. He de fijarme bien en que yo entro en esta cuenta. Soy hombre caído, y aunque haya conseguido la redención de Jesucristo, permanezco condenado a penitencia durante toda mi vida, y no me queda más que una santidad de expiación. Duran y durarán para siempre en mí y en todos, los efectos de aquel primer pecado.

Experimentalmente puedo comprobar algunos efectos del pecado original. Siento en mí una gran dificultad para todo lo espiritual, en particular para el ejercicio de la virtud, nacida de la obscuridad del entendimiento, de la debilidad de la voluntad, del desequilibrio de las pasiones y del desorden de los sentimientos. Es cierto que Dios no había creado así al primer hombre, ni yo hubiera nacido así sin el primer pecado.

Si miro la humanidad, veo a los hombres lastimosamente desconcertados. No se entienden unos con otros, ni cada cual consigo mismo. Por todas partes impera la mentira y la maldad. No hallo un amigo fiel, ni un corazón noble, ni un espíritu recto y equilibrado: No veo doquiera más que vicios e ignorancia. El mundo muchas veces hace el efecto de una casa de locos, o de una jaula de fieras. Es certísimo que Dios no había querido así a la sociedad humana, y que la desgracia actual proviene de la culpa del paraíso. Así que no he de maravillarme de nada de lo que pasa en mí y en el mundo.

En tercer lugar, **aplicaré la voluntad**. San Ignacio dice que he de aplicarla de la misma manera que en el pecado de los ángeles, es decir, despertando en mí la vergüenza y la confusión, Aquí me toca de lleno la misma vergüenza que movía a nuestros padres a esconderse delante de Dios. Llevo aquel mismo pecado original; soy el lanzado del paraíso; voy por el mundo pisando cardos y espinas; llevo dentro de mí la lucha afrentosa de las pasiones. He de añadir a esta herencia de pecado mis pecados personales incontables, y pensar que tantas veces he merecido este castigo de muerte, cuantas he ofendido gravemente a mi Creador, y lo que es más vergonzoso aún, a mi Redentor, que me había salvado. Aquel Caín que andaba fugitivo por el mundo por haber muerto a su hermano, y que recibió de Dios una señal en la frente para que nadie le matase — tan horrorizados quedaron todos de su crimen! — ¿qué tiene que ver conmigo? ¿No son más mis pecados? ¿No es a Jesucristo a quien he dado muerte, a mi Creador y Redentor?

Dejemos que las oleadas de vergüenza vayan viniendo sobre nosotros, y que nos cubran y nos sepulten en eterna confusión. Y de la confusión pasemos a la maravilla de que no hayamos sido condenados todavía.

3) PUNTO TERCERO: Aquél que por un solo pecado mortal ha sido condenado al infierno, y los innumerables que cayeron por menos pecados que los míos.

[52] El tercero: asimismo hacer otro tanto sobre el tercer pecado particular de cada, uno que por un pecado mortal es ido al infierno, y otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho. Digo hacer otro tanto sobre el 3º pecado particular, trayendo a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor, discurrir con el entendimiento, cómo en el pecar y hacer contra la bondad infinita justamente ha sido condenado para siempre, y acabar con la voluntad como está dicho.

Primeramente, **el hecho**. ¿Quién se atrevería a negarlo? ¿Quién negará que en el infierno hay condenados que solamente cometieron un pecado mortal, o que por lo menos no hicieron tantos pecados como yo he cometido?

En segundo lugar, **aplicar el entendimiento**, lo cual hace San Ignacio con estas palabras llenas de sentido: «**trayendo a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor, discurrir con el entendimiento, cómo en el pecar y hacer contra la bondad infinita justamente ha sido condenado para siempre**» [52]. Aquí ya no hemos de buscar causas ni efectos. San Ignacio quiere que nos encaremos directamente con el pecado, procurando penetrar toda su gravedad y malicia.

Para esto hemos de volver al Principio y Fundamento. Primeramente el pecar es ir contra nuestro Criador y Señor. Omnipotencia creadora, supremo dominio de Dios, autoridad infinita, derecho de legislador, esperanzas divinas de realizar un ideal digno de Dios: todo es conculcado por el pecado. Ponderemos bien esto. En segundo lugar, pecar es rebelarse contra la Bondad infinita. Amor infinito, que crea para comunicarse; amor eterno, que lleva desde la eternidad su ideal; amor inefable, que escoge a su amado entre infinitos; amor de padre, que produce al hijo absolutamente conforme a su ideal; amor de padre que da al hijo su misma vida, y su herencia, y su eterna felicidad... Este amor infinito, esta bondad infinita el pecado la pisotea.

Decíamos que uno de los fines que pretende San Ignacio en este ejercicio, es manifestarnos el juicio que Dios forma del pecado. El juicio que Dios forma del pecado aparece con evidencia en los tres hechos que se nos presentan: los dos primeros, certísimos por la fe; el tercero, moralmente cierto para muchas almas. En estos hechos se nos presenta Dios lanzando de sí con fuerza infinita, y castigando con una pena de orden supremo, de un orden que agota su omnipotencia (en el orden de pena, no en el grado de la misma), ¿a quién? a los seres a quien más había querido en el cielo y en la tierra; a los ángeles, a los primeros padres del linaje humano, a una alma inocente hasta el momento en que cae en el primer pecado. Y este juicio revelado por los hechos, aparece eternamente reafirmado por la duración de la pena, sin atenuaciones de ninguna clase.

Los mismos condenados consideran justísimo el juicio divino y su castigo, por más que se rebelen desesperados. Almas santas hay, a quienes Dios da a conocer un poco de lo que es el pecado, y que voluntariamente se echarían al infierno para confesar y adorar la verdad con que la divina sabiduría juzga el pecado, y la justicia con que la divina voluntad lo condena.

La eternidad del castigo impuesto al pecado mortal, o sea el que ordinariamente llamamos condenación eterna, es el que suele despertar más contradicciones o más dudas. Examinando bien lo que se dice o escribe en esta memoria, casi no se encuentran otros argumentos que los del sentimiento, como si este dogma estuviera en contradicción con la bondad infinita de nuestro Padre celestial. Nuestros sentimientos o sentimentalismos no son buenos jueces si no los guía la razón, y la razón dice que es muy justo que la voluntad que llega al fin, libremente apartada de la bondad misericordiosa de Dios, caiga bajo el imperio de la justicia infinita, a la cual nunca podrá pagar todo lo que le debe. Tanta es «la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor». Y así manda San

Ignacio «**discurrir con el entendimiento, cómo en el pecar y hacer contra la bondad infinita, justamente ha sido condenado para. siempre**» [52]. El entendimiento que discurre rectamente, hallará que la pena eterna es ciertamente muy terrible, pero también que es justa, comparada con la gravedad y malicia del pecado. Hallada y reconocida esta justicia, todas las impresiones sentimentales han de estar sujetas a la razón. Al sentimiento démosle como alimento la infinita bondad y misericordia con que el Padre celestial tolera mis ofensas, o como dice San Ignacio, «**como hasta agora siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia**» [71] ; pero no le permitamos que se vuelva de espaldas a la razón, o que se entretenga en obscurecerla con nubes de dudas buscadas o entretenidas a sabiendas.

En tercer lugar, hemos de **aplicar la voluntad**. Aquí hay que abrir de par en par las puertas, no sólo a la vergüenza y confusión, sino también a la contrición tan honda, tan pura y tan perfecta como sea posible, por los motivos divinos que hemos indicado. He herido a Dios en su corazón, en lo que más amaba, en lo único que amaba en mí por encima de todo, que era mi vida sobrenatural, extensión de su propia vida. Mi malicia ha ido contra esta bondad infinita que quería unirme con ella para siempre, y la he rehusado y pisado por una nonada. He querido ser del bando de los enemigos de Dios, de los que le declararon guerra eterna, negándole lo único que pedía a sus criaturas, y dándole mi maldad en retorno de sus beneficios. No he querido dar gloria a Dios ; he preferido agraviarle con ofensas, injurias, amarguras, desengaños, vergüenza delante de todo el universo.

Coloquio:

[54] El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas; y decir un Pater noster.

[53] Coloquio. Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Christo, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz discurrir por lo que se offresciere.

Como expresa la palabra coloquio, según explica aquí San Ignacio, el alma está tan llena de ideas y sentimientos, que no puede retenerlos en su interior, y necesita sacarlos fuera y hablar con alguna persona querida que la entienda. Detengámonos aquí para saborear todo el sentido de estas palabras.

Se me presenta delante Jesús clavado en cruz; estoy a sus pies, y hablamos. Él me dice que de Creador ha venido a hacerse hombre. ¡Oh, qué palabras! Esto es más que la creación. La creación era una obra fuera de Dios; Él no se mudaba; pero ahora es el mismo Creador que se transforma, y viene, y se hace hombre por mí. Digámosle a Jesucristo que nos repita muchas veces estas divinas palabras, hasta que las entendamos y penetremos y sintamos...

Vuelve a hablar Jesús y dice: de vida eterna he venido a muerte temporal, y así, a morir por tus pecados. Ahora entiendo cómo se deshace el enigma que resultaba de cada punto de la meditación, comparando un pecado de otros con tantos pecados míos; el castigo que ellos recibirán, y las gracias que recibía yo. Ya se ha pagado mi deuda sin saberlo yo; ya se

ha cumplido mi castigo, pero en otro que ha respondido por mí. Jesús crucificado es la solución del enigma. En estas balanzas de la cruz han sido pesados mis pecados: en un platillo se han puesto ellos con toda su muchedumbre y malicia; en el otro la sangre de Jesucristo, la sangre de Dios hecho hombre. Yo, como los ángeles, como los otros condenados, habré de ir de vida temporal a muerte eterna, y para librarme, el Creador viene de vida eterna a muerte temporal, y así, a morir por mis pecados.

(...) San Ignacio acaba el coloquio con estas palabras: «*Así, viéndole tal [a Jesucristo], y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere*» [53]. Quizá no se ofrecerán palabras ni conceptos, sino lágrimas y admiración... Dejemos que vaya el alma indefinidamente por estos caminos... Padrenuestro...

Ave María Purísima, sin pecado concebida.